

La Marilyn

Buscó un pequeño pomo detrás del espejo del baño, lo apretó, puso tres gotas en su cara y las exparcíó; un poco de color a las mejillas y se pintó los ojos con una sombra blanca y un toque de celeste. Se puso rimmel pronunciando la curva de sus pestañas y rojo, mucho rojo, en los labios. Miró su perfil en el espejo, diciendo qué bien merecido tenía su apodo: La Marilyn. Repitió qué hermosa, hermosa y tuvo una pequeña erección. Sonrió y siguió maquillándose.

La Marilín buscó la tanguita, el corpiño con flecos y un saco; se vistió y empezó a repetir los pasitos que haría en el desfile. Paso y contrapaso. Se tapó y fue directo a la puerta. Afuera algunas de sus conocidas del ambiente hablaban fuerte y se reían, también esperaban a sus comparsas. Miró de reojo, cuando alguien gritaba “ahí va Doña Lebón, la esposa marica de Segundo”. La Marilyn les contestó “Celosas” y ni se dio vuelta.

Aparecieron los comparseros en una chata con la parte de atrás llena de sombreros, plumas y un palo que tenía en su punta la calavera de un animal que parecía reírse. La saludaron y los dos hombres que iban adelante, se bajaron para acomodar los pelucones y dejar a la Marilyn con el conductor. Era un hombre trigueño con el pelo largo y atado que saludó a la Marilín soltando una mano del volante y pasando la otra por su hombro. Los dos hombres se sentaron en la loneta y golpearon la ventanilla. El conductor dijo vámonos y arrancó. La llevaron hasta la calle mas ancha del pueblo. El conductor se bajó, se soltó el pelo y se puso una vincha gigantesca con penachos y telas de colores. Marilyn se rió, dijo que así es el carnaval los indios se visten de indios y los putos se destapan. Los comparseros se rieron. El brujo, que era el más petizo de todos, se había puesto unas botas con flecos tipo cowboy, un chaleco de lana, un antifaz violeta y llevaba en la mano el palo con la calavera. Empezó a marcar el compás con la punta del palo. “Primero lento, después ya saben tienen que sorprender, hay que hacer que las luces cambien de colores cuando nosotros pasemos”, dijo el Brujo.

-Para eso la tenemos a la Marilín- dijo el conductor- que con sus flecos va a dejar flechado a más de uno- La Marilín que sí sonriendo y movió sus tetas para ambos lados.

Había empezaba a practicar los pasos desde principios de primavera. Siempre le salía todo perfecto. Desde que empezó a bailar con las comparsas, ella era la estrella del carnaval, salvo ese año que no pudo salir por los moretones. Todo había sido por culpa de Segundo que siempre la buscaba después del desfile con esa cara suplicante, como un cachorro ansioso de sexo. Ese año, mientras los comparseros terminaban de ordenar los pelucones y vestidos, la Marilyn les dijo que se iría a buscar unos puchos. Se paró en una esquina a esperar que viniera el auto de Segundo. Apareció una camioneta cuatro por cuatro que ella reconocía muy bien. Se acercó y cuando se abrió

la ventana, los amigos de Segundo, esos pendejos que siempre estaban detrás de él, le tiraron con todo: bombuchas congeladas, rellenas de orina y piedras. Se tapó el rostro pero la espalda se le llenó de marcas que tardarían semanas en irse. Segundo Lebon se había quedado en el asiento del conductor pero la Marilyn sintió su risa. Estuvo tirada en el piso por varios minutos hasta que uno de los comparseros la encontró. "Hijos de puta" dijo el conductor cuando la vio. La subió al auto, toda magullada y la llevó al hospital más cercano, donde apenas la atendieron, le dijeron que no tenía nada. Sobre todo que no hacía falta denunciar a la policía. El conductor la llamó varias veces los días siguientes, pero ella no le atendía el teléfono. No pensaba ir al carnaval así.

Cuando se fueron las marcas recién volvió a aparecer Segundo. La Marilín se hizo la difícil esa noche, esperó que le rogara varias veces, que le dijera que la iba a llevar a un hotel caro y que le dejaría plata como para una semana o más. Ella le dijo "andate pendejo" pero sabía que se iría con él. Al final, ella se merecía toda esa plata y ruego.

En este desfile sus ganas de encontrar a Segundo Lebon crecían con cada baile y cada bombo. Ella imaginaba que estarían solos y tranquilamente lo tomaría de la mano y se lo llevaría a un hotel. Se rió al imaginarse a las viejas paquetas y a los ilustres huelecucos de la familia Lebon, verlo a Segundo junto una mujer como ella. Se reía. con esta idea mantuvo la sonrisa para que todos la vieran como la rubia más imponente del carnaval. Bailaba y los comparseros hacían una coreografía detrás suyo, algunos hombres del público se ponían enfrente y bailaban alrededor sacudiendo la cadera hacia delante y rozando las piernas de la Marilyn con sus sexos. La Marilín los miraba a cada uno y les sonreía.

Daba un paso y un contrapaso. Tiraba besos mientras en la calle caían papelitos. El brujo golpeó tres veces el suelo y entonces los comparseros empezaron a cantar "qué voy a ser si me dejas solo, que voy a ser, ay no, ay no". Ella pensaba que nunca, nunca, los iba a dejar solos a ellos, los comparseros, a Segundo ni a toda la gente que iba sólo para verla. Le tiraron harina, espuma y un poco de agua. Ella se reía con fuerza. Se reía de cómo la miraban, del deseo que dejaba entre los hombres y la envidia de las esposas. Siguió bailando hasta el final y recién se detuvo cuando atravesó la barrera de lona, que marcaba el final de la calle. Se sacó los tacos y pisó el asfalto con los pies desnudos. Los comparseros se abrazaron entre ellos y besaron las manos de la Marilyn. Acomodaron los pelucones en la parte de atrás de la chata, ordenaron los disfraces y se pusieron como habían venido. "Fue el mejor carnaval de los últimos años", dijo el brujo y se rió. La Marilyn se sentó de nuevo con el conductor que la miró y le dijo "¿A dónde vas, preciosa?". Ella movió la cabeza y le dijo "con vos al cielo", pero le pidió que esta vez la dejara en su casa. El conductor sonrió y le dijo "¿no te estarás yendo con otra comparsa?" y ella le contestó que no y no, que ella era fiel a sus comparseros pero que estaba mareada de tanto baile y que mañana saldrían y tendrían

la fiesta que se merecían por el mejor carnaval de todos. El conductor mantuvo los ojos fijos en el parabrisas y dijo “no te olvides”. La llevó hasta una de las esquinas, le preguntó si ahí le quedaba bien y ella afirmó haciendo un guiño. Se bajó rápido. La chata arrancó con los comparseros que le tiraban besos desde la loneta.

Ella los saludó mientras avanzaban. Cuando dejó de sentir el ruido de los comparseros, se sentó en el pórtico de una casa mientras miraba hacia la esquina. Imaginó la carita de Segundo, que venía a rogarle que se fuera con él a un lugar donde siempre fuera carnaval. Prendió un cigarrillo y miró el reloj. Pensaba que podría estar tomando vasos de medio litro de cervezas que en el fondo tenían dos o tres cerezas, como le preparaba el conductor. Pero, el conductor no era Segundo.

Las luces de un auto plateado la encandilaron. Ella sabía que era él. Tenía la música fuerte y venía acelerando. Frenó donde estaba la Marilyn que había empezado a caminar desde el pórtico hasta la calle. Se dijo que a esta hora debía estar muerto por encontrarla. Se agachó a la altura de la ventanilla.

Cuando el vidrio de la ventana se bajó, la Marylín vio que Segundo Lebón estaba con dos amigos que se reían. Uno de los chicos movió la cabeza hacia atrás y dejó que Segundo se acercara a la ventana para hablar con ella. “¿Cómo andás, rubia?” le dijo. La Marilín no le contestó. “¿No te va un tres de espadas, rubia?”, le dijo mientras los amigos se movían tratando de ocultar la risa. La Marilín miró hacia la otra esquina de la calle y mordió su labio inferior. “Vamos rubia, vos te la bancas” dijo Segundo Lebón. La Marilín miró sus pies descalzos y cerró los ojos con fuerza. Trató de imaginarse el desfile que acababa de concluir. Miró al costado mientras los amigos de Segundo se reían y subió al auto, intentando no escuchar sus voces.

Salvador Marinaro

Mayo, 2014